

La verdadera Iglesia de Jesucristo: Un aporte para una eclesiología de san Óscar Romero¹

Álvaro Artiga González

Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”
San Salvador, El Salvador

En un trabajo previo exploré lo que podría denominarse el pensamiento sociopolítico de Monseñor Romero². El resultado es una especie de eutopía para la humanidad. Óscar Arnulfo Romero se coloca así en línea con los grandes pensadores utópicos. Sin embargo, se trata de “un buen lugar”, que podría hacerse historia en la medida en que las relaciones sociales se estructuraran sobre la base de los siguientes principios: fraternidad, pluralismo, equidad, justicia, inclusión, responsabilidad ecológica, racionalidad, libertad, bondad y participación.

Como profeta, san Óscar Romero denunció lo que se oponía a unas relaciones basadas en los principios mencionados. Principios que estructuran la concreción histórica de una sociedad según el proyecto de Dios. Como pensador utópico, alentó e invitó a poner en práctica esos principios, anunciando una verdad de fe: Dios quiere salvar a los seres humanos. Sin embargo, Monseñor Romero fue claro en proclamar que Dios necesita colaboradores, hombres y mujeres, para llevar a cabo esa obra salvífica.

La colaboración deseada por Dios puede realizarse individual o colectivamente. Entre los colaboradores colectivos de Dios, está la Iglesia. Pero no cualquier Iglesia ni cualquier colectivo que se autodenomine Iglesia. La honda preocupación eclesial llevó a Monseñor Romero a pensar mucho y a compartir lo que llamó la “verdadera Iglesia” de Jesucristo. Es así como en sus homilias se

-
1. Este artículo es un avance de un trabajo de investigación más amplio sobre el pensamiento eclesiológico de san Óscar Arnulfo Romero.
 2. *Una sociedad según el corazón de Dios* (San Salvador, 2017).

encuentra, como un tesoro que hay que poner a producir, un pensamiento eclesiológico de gran actualidad. Pero hay que sacar ese tesoro del depósito y darlo a conocer. Este es el propósito de estas páginas. Cabe advertir, sin embargo, que la “verdadera Iglesia” es solo uno de los temas de la eclesiología de san Óscar Romero.

1. Una Iglesia en lucha contra el imperio de la iniquidad

En medio de una aguda crisis política, abierta por el último golpe de Estado registrado hasta la fecha y llevado a cabo por los militares en contra del régimen autoritario prevaleciente en El Salvador hasta octubre de 1979, el ahora santo de la Iglesia universal, Óscar A. Romero, proclamó una de las obligaciones de la Iglesia de aquel momento:

nuestra Iglesia tiene que trabajar para arrancar de la faz del país todo ese imperio de la iniquidad, el imperio de Satanás, ese imperio del infierno que reina, lamentablemente, bajo formas muy diversas y que le está quitando el puesto al único que debe reinar en el tiempo: el Señor, el Dios de la historia (Homilía del 31 de diciembre de 1979).

¿En qué consistía ese “imperio de la iniquidad” que la Iglesia “tenía” que arrancar? Varios testimonios de la época permiten interpretar en su contexto esta proclamación de Mons. Romero. El primero, y el más cercano, se encuentra en la “Proclama de la Fuerza Armada de El Salvador”, que justificó el golpe de Estado contra el general Carlos Humberto Romero. La proclama caracteriza al gobierno del general Romero como violador de los derechos humanos, como promotor de la corrupción en la gestión pública y la administración de justicia, como responsable de un verdadero desastre económico y social y como causa de desprestigio del país y del ejército.

La proclama militar no solo caracteriza al gobierno de turno, sino que también se refiere a los gobiernos militares anteriores, que habían preservado un conservador *statu quo* inaceptable: “los Gobiernos en turno, productos a su vez de escandalosos fraudes electorales, han adoptado programas inadecuados de desarrollo, en los que los tímidos cambios de estructuras planteados han sido frenados por el poder económico y político de sectores conservadores”.

Grupos conservadores con mucho poder económico y político se beneficiaban de aquel “imperio de la iniquidad”, el cual se había instalado en el país, al menos desde la década de 1880, con la llamada reforma agraria liberal, que posibilitó el cultivo de café a gran escala, hasta convertirlo en “el grano de oro” y base de la economía salvadoreña. Una economía que, a mediados de la década de 1970, hundía cada vez más a los campesinos en la miseria. En esa época,

el 60 por ciento de la población vivía en la zona rural. Algunos campesinos poseían parcelas, donde cultivaban frijol, arroz o sorgo. Otros tal vez criaban algunas reses, cerdos, gallinas u otros animales domésticos. Estos campesinos podían tener ingresos que les permitían vivir más allá de la subsistencia.

En cambio, la situación era más difícil para la mayoría de los campesinos, pues no tenían tierras, ni un trabajo que les generara ingresos suficientes y estables. De entre estos campesinos, los grandes terratenientes, dedicados a cultivar café, caña de azúcar o algodón para la exportación, obtenían una mano de obra barata. Un editorial de la revista *Estudios centroamericanos (ECA)*³, de 1975, describía la trágica situación de esta clase de campesinos, en los términos siguientes:

Difícilmente se puede exponer con palabras que no resuenen a demagogia la vida del sector mayoritario de nuestra población, que más que un vivir es un morir cotidiano. El hambre no es un fantasma, sino la condición normal; la enfermedad no es un peligro, sino un estigma ineludible; el desempleo no es una amenaza, sino el estado más habitual. Y así, la realidad campesina, amasada de desempleo, hambre y enfermedad delimita la existencia de quienes, con su sudor anémico, mantienen en gran parte la vida económica de nuestros países, así como la lujosa y desvergonzada holganza de unos pocos.

Un “imperio de Satanás” como este solo podía mantenerse por la fuerza. Los campesinos tenían prohibido organizarse para promover y defender sus intereses. La represión en el campo, acompañada de la represión en la ciudad, silenciaba las voces que clamaban contra ese “imperio del infierno”. No importaba si esa voz pertenecía a la Iglesia. José Inocencio Alas, uno de los sacerdotes que tuvo que salir huyendo al exilio en Estados Unidos, en su testimonio sobre la persecución contra la Iglesia en El Salvador, del 21 de julio de 1977, ante el Subcomité de Organizaciones Internacionales de la cámara de representantes del Congreso estadounidense, declaró:

En resumen, presentamos el siguiente cuadro de ataques contra el pueblo y la Iglesia de El Salvador: dos sacerdotes asesinados, cinco sacerdotes torturados, ocho sacerdotes expulsados, siete sacerdotes a quienes se les ha negado el reingreso al país, colaboradores parroquiales, catequistas y sacristanes asesinados, el clero de San Salvador y San Vicente ha sido acusado y calumniado en una campaña en los medios de comunicación que empezó hace siete meses y aún continúa, muchos sacerdotes amenazados de muerte

3. *Estudios Centroamericanos (ECA)* 319-320 (1975), 259-261.

y Mons. Rivera se han visto obligados a esconderse varias veces y campesinos y sacerdotes temen dormir en sus casas.

Por lo menos 200 personas han muerto en sucesivas masacres (por ejemplo, solo en 1977: San Salvador, 28 de febrero - 1 de marzo; San Salvador, 1 de mayo; Aguilares, 19 de mayo). Para darles una idea final de lo que significa la persecución contra la Iglesia, me basta con citarles algunos de los volantes distribuidos y transmitidos por radio: “Haga patria, mate un cura”. Este volante fue traducido por la Unión Guerrera Blanca en una amenaza concreta que pesa actualmente sobre 47 jesuitas. Si no abandonan El Salvador hoy mismo, 21 de julio, serán ejecutados sistemáticamente⁴.

2. Tres voces en una sola voz y un solo sentimiento

Frente a ese “imperio del infierno que reina” en el país, Mons. Romero alzó su voz profética para denunciarlo y su voz utópica para anunciar que Dios quiere encontrarse con los salvadoreños para salvarlos. Pero su voz no era una voz solitaria, individual, era la voz de la Iglesia y la voz de los sin voz. Y, misteriosamente, también era la voz de Dios, en tanto que Monseñor era solamente un micrófono. Así, pues, su voz profética y utópica era la voz de Dios, de la Iglesia y del pueblo que no tenía voz. En defensa de las víctimas de aquel infierno, Mons. Romero alzó su triple voz. Aquí encuentra su fundamento la afirmación de que Mons. Romero fue un hombre de Dios, un hombre de Iglesia y un hombre del pueblo.

Mons. Romero adoptó como lema episcopal “Sentir con la Iglesia”. Lo que hacía y decía trataba de hacerlo en comunión con la Iglesia, es decir, con el magisterio de los papas, el concilio Vaticano II, las conferencias del episcopado latinoamericano reunidas en Medellín (Colombia, 1968) y en Puebla (México, 1978). Las referencias que hace en sus homilias y cartas pastorales son testimonio de esa comunión. “Sentir con la Iglesia” era también comunión con el pueblo de Dios, del cual era pastor y al cual escuchaba como si ese pueblo fuera su profeta.

Sociológicamente, la Iglesia no es homogénea en su dimensión jerárquica y de pueblo. En su unidad, la Iglesia es plural. En su interior hay diversidad, diferencias e incluso contradicciones en la forma de entender a Dios, a Jesucristo, a la misma Iglesia y al pueblo que no tiene voz. Esta realidad eclesial puede ser fuente de riqueza y también de conflicto. No es extraño, entonces, que algunos obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y una parte del pueblo sin voz tuviesen diferencias, contradicciones y conflictos con Mons. Romero. Entonces, ¿cómo se

4. *Estudios Centroamericanos (ECA)* 345 (1977), 510-527.

puede sentir, estar en comunión, con una Iglesia que no es monolítica? Si Mons. Romero era consciente de las divisiones y conflictos en el interior de la Iglesia, tal como lo reconoció con pesar en varias ocasiones, ¿cómo se debe entender “la Iglesia” para estar en comunión con ella y para “sentir con” ella? No sé si Mons. Romero se hizo alguna vez esta pregunta. En cualquier caso, en sus cinco cartas pastorales⁵ expresó su preocupación por lo que debía ser la Iglesia para estar en comunión con ella. No en balde la voz “Iglesia” aparece en el título de todas ellas: *El Espíritu Santo en la Iglesia, La Iglesia de la pascua, La Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia, La Iglesia y las organizaciones políticas populares y Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país.*

Algunos tienen clara la cuestión. La Iglesia es la Iglesia católica con su papa, sus cardenales, sus obispos, sus sacerdotes, sus congregaciones de religiosos y religiosas, sus laicos, sus ministerios y sus obras. No hay dónde perderse. Sentir con la Iglesia es estar en comunión con todo ello. Pero, ¿será que todos estos sectores eclesiales asumen un solo sentir frente a la división entre ricos y pobres? ¿Tendrán un solo sentir en relación con el subdesarrollo de muchas naciones y las relaciones de dependencia a nivel internacional? Su posición respecto a las reivindicaciones del movimiento feminista ¿obedece a un mismo sentimiento? En estos, como en otros asuntos, ha de existir una posición dominante en la Iglesia, como la hay en cualquier otra organización humana. La posición dominante suele corresponder a la del grupo o de la coalición que la dirige. Según esto, sentir con la Iglesia sería estar en comunión con el sector dominante.

En los grupos humanos donde existe una jerarquía, hay personas que se sienten unidas, que comparten o comulgan con ella. Son leales a los dirigentes. En la medida en que estos dirigen, la lealtad hacia ellos se entiende como lealtad a la organización. Así, sentir con la dirigencia sería sentir con la organización. Pero, ¿no se podría sentir con la organización y disentir con la dirigencia? Y ¿qué pasa cuando hay fisuras en la dirigencia? ¿Cómo sentir con una dirigencia dividida? O, para precisar, ¿cómo se puede decir que había un solo sentir en la conferencia episcopal en tiempos de Mons. Romero?

La Iglesia del “Sentir con la Iglesia” no es simplemente la organización eclesial como tal. Pienso que Mons. Romero no era consciente de ello. En la época en que desempeñó su ministerio episcopal hubo mucha apariencia. Las realidades no eran lo que se decía que eran. El régimen político se presentaba como democrático, cuando, en realidad, no lo era, pues no había elecciones libres, o había fraude electoral o golpe de Estado; los cuerpos de seguridad no eran tales,

5. Publicó una carta como obispo de Santiago de María y cuatro cartas como arzobispo de San Salvador.

porque generaban inseguridad y temor, sobre todo, en el campo; la paz y la libertad eran inexistentes, ya que prevalecía la represión, la tortura, la desaparición y el asesinato; la independencia nacional era conmemorada por unos gobernantes sometidos a las directrices de Washington; la promoción humana y la liberación eran pregonadas por unas organizaciones guerrilleras que no respetaban los derechos humanos de sus adversarios; el consumo de mercancías prometía la felicidad, cuando en realidad solo generaba más ansiedad por consumir, etcétera.

En este mundo de apariencias, Mons. Romero se preocupó por la autenticidad de las cosas. Se ocupó de desenmascarar la realidad. Denunció con fuerza la falsedad y las apariencias que hacían pasar por verdadero lo que en realidad era mentira. La lucha por erradicar el pecado del mundo fue una lucha por erradicar la mentira y por señalar dónde estaba la verdad. Sus homilias se convirtieron así en espacios para denunciar la mentira y anunciar la verdad. Discursivamente, Mons. Romero enfatizó el anuncio de la verdad con el uso del adjetivo “verdadero” para calificar los sustantivos prioritarios. En términos dialécticos, el anuncio de lo verdadero implicaba la denuncia de lo no verdadero, la denuncia de la mentira. Viendo, observando y atendiendo lo verdadero, se desvela la mentira, la falsedad de las cosas.

La lista de los sustantivos, o realidades, calificadas como “verdaderas” por Mons. Romero es amplia. En sus homilias, habló de una “verdadera” doctrina, paz, liberación, libertad, pobreza, figura de Dios, grandeza, santidad, caridad, nobleza, piedad, promoción, conciencia, vocación, felicidad, dignidad, alegría, humildad, misión, independencia, esclavitud, teología, persecución, fe en Cristo, justicia, conversión, palabra, creencia, enseñanza, redención, ley, navidad, familia, salvación, comunidad, riqueza, educación, sabiduría, religión, raíces de la violencia, catequesis, patria, esperanza, pascua, unidad y, por supuesto, Iglesia.

Mons. Romero habla de una “verdadera Iglesia”, lo cual supone la existencia de una Iglesia no-verdadera. Por consiguiente, la Iglesia del “Sentir con la Iglesia” solo puede ser la verdadera. Mons. Romero se siente uno con ella. El arzobispo presta su voz a esa “verdadera Iglesia”.

3. La verdadera Iglesia en las homilias de Mons. Romero

En sus homilias, Mons. Romero identifica las características de la “verdadera Iglesia”. Otras se pueden deducir del contexto discursivo inmediato. A continuación, presento el resultado de mi búsqueda, sistematizado en tres grandes categorías⁶.

3.1. La verdadera Iglesia está en permanente construcción

La primera categoría presenta a la Iglesia como una tarea o un proyecto. La “verdadera Iglesia” *se construye*, no está dada de una vez para siempre. ¿Cómo se construye la “verdadera Iglesia”? Aunque pueda parecer obvio, su construcción se lleva a cabo mediante la celebración de los sacramentos. La insistencia en la promoción humana o en la formación de la conciencia crítica corre el riesgo de olvidar el carácter trascendente del contenido de la evangelización. La celebración de los sacramentos, en cambio, hace presente esa trascendencia y el carácter sacramental de la misma Iglesia como signo de la presencia de Cristo. “Una evangelización que solamente fuera palabra sin sacramentos no construiría la verdadera Iglesia” (20 de marzo de 1977, 1, p. 41). Cabe señalar que estas palabras las pronunció en la homilía de “la misa única”, celebrada en la catedral de San Salvador, como signo de duelo y de protesta por el asesinato del jesuita Rutilio Grande y de los campesinos Manuel Solórzano y Nelson Rutilio Lemus.

Esa misa pretendía recuperar “todo su valor porque quizá, por multiplicarla tanto, la estamos considerando simplemente, muchas veces como un adorno y no con la grandeza que en este momento está recobrando” (1, p. 37). En ese sentido, buscaba hacer sentir qué es la misa y qué es la Iglesia: “la misa es Cristo que evangeliza; la misa es Cristo que da su cuerpo y su sangre para la vida del mundo. Estas dos cosas son la misa” (1, p. 39). En ella, se lee y se interpreta la palabra de Dios, que llama

a los hombres para que comprendan que en su palabra está únicamente la solución de todos los problemas políticos, económicos, sociales, que no se van a arreglar con ideologías humanas, con utopías de la tierra, con marxismos sin horizontes, con ateísmos que prescinden de la única fuerza. La única fuerza que puede salvar es Jesús, que nos habla de la verdadera liberación (*ibidem*).

La “verdadera Iglesia”, pues, lee la palabra de Dios en la misa, donde Cristo se hace presente sacramentalmente. Una misa que es sacramento de Cristo y sacra-

6. La citas están tomadas de la edición de UCA Editores.

mento de la Iglesia. Sin sacramentos, no hay Iglesia, y la “verdadera Iglesia” se construye con la celebración de los sacramentos, siempre que estos no sean “como un adorno”.

En la construcción de la “verdadera Iglesia”, los laicos tienen que asumir su papel. Durante la persecución de la Iglesia, Mons. Romero observó “un despertar del laicado”. La persecución era “como basura”, al contemplar “la altura de los católicos que aman y tratan de construir la verdadera Iglesia” (29 de mayo de 1977, 1, p. 120). Los católicos a quienes Mons. Romero hace referencia son los laicos, y su “despertar” y su aporte a la construcción de la Iglesia no consisten solo, ni principalmente, en participar en la actividad litúrgica. Si ese fuera el caso, los laicos desarrollarían funciones que podrían alejarlos o impedirles hacerse cargo del mundo y estaríamos ante la clericalización del laicado. Los laicos construyen la “verdadera Iglesia” asumiendo su papel de Iglesia en el mundo. La siguiente cita, aunque extensa, es elocuente. De hecho, es uno de los muchos “llamamientos” que Mons. Romero hizo a los laicos:

Un llamamiento a todos los que viven en el mundo para que sepan que el sacerdote que no vive en el mundo, en una familia, como ustedes, les inspira con su doctrina, con su gracia, con su palabra, con su ministerio; pero ustedes en el mundo tienen que ser los que lleven a encarnarse en las estructuras, en la vida concreta del hogar, del empleo, del almacén, de la política, de la hacienda, la vida del reino de Cristo. Ustedes, católicos, sin ser sacerdotes, son sacerdotes de su propio hogar, tienen que santificar su propio oficio. Y este despertar del laico lo estamos notando ahora cuando faltan quince sacerdotes que se nos han quitado y que ya no pueden trabajar con nosotros. Queda el puesto a ustedes, laicos, para que asuman su papel de Iglesia en esta hora en que todas las fuerzas son necesarias en el reino de Dios (20 de marzo de 1977, 1, p. 120).

La “verdadera Iglesia” se hace iluminando y salvando al mundo: “tratemos de hacer, en este año, una verdadera Iglesia, tal como Dios la quiere, pueblo escogido suyo desde el cual [...] seamos iluminación, salvación” (1 de enero de 1978, 2, p. 184). Así, pues, la Iglesia se construye iluminando la realidad, aun cuando esto se confunda maliciosamente con “meterse en política”. Apoyar lo bueno y denunciar el pecado individual y social es construir la Iglesia. Mons. Romero hizo un llamado general para que entre todos construyéramos “la verdadera Iglesia”.

Aquí, en la Iglesia, el domingo, hermanos, el que me ha escuchado con sinceridad, sin prejuicios, sin odios, sin malas voluntades, sin intenciones de defender intereses que no se pueden defender, el que me ha escuchado aquí no puede decir que yo estoy haciendo sermones políticos o sermones

subversivos. Todo eso es calumnia nada más. Me están escuchando en este momento y estoy diciendo lo que siempre he dicho. Lo que yo quiero decir aquí, en el púlpito de la catedral, es qué es la Iglesia; y, desde esa Iglesia, apoyar lo bueno, felicitarlo, animarlo; consolar a las víctimas de los atropellos, de las injusticias; y también con valentía denunciar el atropello, la tortura, el desaparecimiento, la injusticia social. Eso no es hacer política. Eso es construir Iglesia y cumplir el deber de la Iglesia desde su propia identidad. Yo siento la conciencia bien tranquila y es mi llamamiento a todos ustedes para que construyamos la verdadera Iglesia. Y a esto nos ayuda precisamente la palabra que se ha leído hoy (10 de septiembre de 1978, 3, p. 232).

La lectura, la interpretación y la meditación de la palabra de Dios deben provocar “el deseo sincero de conocer y de construir entre nosotros la verdadera Iglesia de Cristo” (3, p. 233). De esa manera, habrá continuidad entre la Iglesia actual y la que “Cristo anuncia en su Evangelio, la Iglesia que los profetas anunciaron y que los apóstoles enseñaron a los primeros cristianos” (*ibidem*). Solo así se construirá “la verdadera Iglesia” hoy.

“La verdadera Iglesia” es, para Mons. Romero, “antorcha luminosa”, que ilumina “los caminos de la patria”, y “fuerza de salvación para todo nuestro pueblo”. Esa Iglesia es “presencia de Dios”. Y a esa Iglesia trataba de servir cuando informaba sobre el acontecer eclesial en sus homilias. Al dar a conocer la vida de la Iglesia, vinculaba a las comunidades entre sí, en una amplia red. A esta Iglesia pertenecía Mons. Romero y la servía como pastor. Y como tal, no como político, sociólogo o economista, se esforzaba por “construir la verdadera Iglesia de nuestro Señor Jesucristo” y quería que quienes lo escuchaban como católicos siguieran a su pastor, “en la construcción de la verdadera Iglesia”, y se decidieran “a hacer de nuestra Iglesia el verdadero pueblo de Dios (25 de marzo de 1979, 4, p. 319).

Construir “la verdadera Iglesia” es una tarea comunitaria. Las concelebraciones son un bello momento para expresarlo. Pero no cualquier concelebración, sino aquella que testimonie “una preferencia sin exclusivismos, pero evangélicamente preferencia por aquellos que sufren, por los pobres”. Entre todos, debemos construir “la verdadera Iglesia de Cristo que peregrina aquí, en la arquidiócesis” (1 de abril de 1979, 4, p. 331). Mons. Romero no se cansó de

7. Las lecturas de la misa de ese domingo fueron Ez 33,7-9; Rom 13,8-10 y Mt 18,15-20. Mons. Romero tituló la homilía “La Iglesia, comunidad profética, sacramental y de amor”.

invitar a participar en la construcción de una Iglesia fiel al Señor que, impulsada por el Espíritu, denuncie la injusticia.

¡Esta es la Iglesia que yo sueño! ¡Esta es la arquidiócesis que yo le pido al Señor! Un pueblo que vaya creciendo en la fidelidad al Señor y que se deje llevar por el impulso del Espíritu Santo. La Iglesia no quiere ser una fuerza de oposición política. ¡Jamás! Jamás lo he dicho. Ni lo seré. La Iglesia no quiere ser un partido más de subversión. No lo será nunca. ¡No lo puede ser! Si la Iglesia subvierte, si la Iglesia inquieta, si la Iglesia es tildada de marxista, de política, de comunista, que eso quede solamente en el campo de la calumnia por parte de aquellos que no resisten que haya una Iglesia que, desde la fidelidad al Señor y desde el impulso del Espíritu, denuncia todas las injusticias que se cometan en cualquier sector de la humanidad.

Esta es la Iglesia que tenemos que construir, queridos hermanos. Y yo les invito todos los domingos a que construyamos esta verdadera Iglesia de fidelidad al Señor y a dejarse llevar por el impulso del Espíritu Santo (13 de mayo de 1979, 4, p. 446).

3.2. La verdadera Iglesia es signo de contradicción

La “verdadera Iglesia”, por la manera de insertarse en un mundo dividido, asume sus contradicciones, pero se inclina hacia uno de los extremos, aquel que se encuentra en desventaja. El de las víctimas, los pobres, los excluidos, los marginados, los explotados y los dominados. El de todos aquellos comprendidos en las figuras bíblicas del huérfano, la viuda y el forastero. Así lo declara el Deuteronomio: Yahvé “hace justicia al huérfano y a la viuda, y ama al forastero dándole pan y vestido” (10,18). Y así lo confirma el salmista: “Da el Señor protección al forastero, y reanima al huérfano y a la viuda” (146,9). Desde todos ellos, la “verdadera Iglesia” interpreta el mundo, ve y juzga la realidad y promueve su transformación. Y, desde la perspectiva evangélica, llama a la conversión.

El clero y la jerarquía han de estar en comunión insertos en las contradicciones del mundo. Esa comunión se echa a perder si priman otros intereses que no sean los de las víctimas. Cuando los sacerdotes y los obispos se sitúan al lado de quienes oprimen, explotan o excluyen. La ruptura de la comunión jerárquica era una de las situaciones que más dolía a Mons. Romero. Él, por su lado, trataba de mantenerse en comunión jerárquica con el papa, los otros obispos y el clero. Pero, para realizar su misión en el mundo, la Iglesia ha de asumir sus contradicciones. Si huye de ellas, no actúa como Dios, “que protege al extranjero y sostiene al huérfano y a la viuda”. Mantener la comunión jerárquica con menoscabo de la voluntad de Dios, tergiversa el sentido de esa comunión.

Cuando los obispos, los sacerdotes, los religiosos, las religiosas y los laicos buscan, en comunión, “la justicia para el huérfano, la viuda y el forastero”, viven el “verdadero sentido jerárquico” y encarnan, “con valor y valentía”, la “verdadera Iglesia” (20 de noviembre de 1977, 1, p. 472).

La Iglesia que no rehúye la contradicción, sino que, más bien, toma partido por “el huérfano, la viuda y el forastero”, es una Iglesia perseguida. A Mons. Romero no le extraña este destino.

La persecución es algo necesario en la Iglesia. ¿Saben por qué? Porque la verdad siempre es perseguida. Jesucristo lo dijo: “Si a mí me persiguieron, también os perseguirán a vosotros”. Y por eso, cuando un día le preguntaron al papa León XIII, aquella inteligencia maravillosa de principios de nuestro siglo, cuáles son las notas que distinguen a la Iglesia católica verdadera, el papa dijo ya las cuatro conocidas: una, santa, católica, apostólica; agreguemos otra —les dice el papa—, perseguida. No puede vivir la Iglesia, que cumple con su deber, sin ser perseguida. La Iglesia predica la verdad como Dios mandaba a los profetas a anunciar su verdad frente a los embustes, a las injusticias, a los abusos de su tiempo. ¡Y cómo les costaba a los profetas! Hasta se querían huir de Dios porque sabían que ir a decir la verdad era sentenciarse a muerte (29 de mayo de 1977, 1, p. 117).

La Iglesia comprometida con la historia, que asume las contradicciones del mundo para superarlas, es cada día más auténtica. Es una Iglesia que genera confianza. Es “la Iglesia verdadera” que, no obstante, puede ser traicionada. El mismo Monseñor Romero lo advirtió y esperaba no ser uno de los traidores. “Si un día yo mismo les traiciono, no me hagan caso a mí, sigan a esa Iglesia que ahora hemos vislumbrado con tanta claridad. Pero, espero, con la ayuda de ustedes, que no traicionaré nunca a esta Iglesia” (28 de agosto de 1977, 1, p. 292).

3.3. La verdadera Iglesia es motor de liberación

A lo largo de sus tres años como arzobispo de San Salvador, Mons. Romero fue dibujando en sus homilias dominicales las características de la que él consideraba ser “la verdadera Iglesia”. Verdadera porque se construye según el corazón de Dios, en la historia. En este sentido, es tarea o proyecto. Mons. Romero señaló algunos criterios para la realización histórica de esa Iglesia. Más allá de esos límites, la Iglesia deja de ser “verdadera”.

La eucaristía es fundamental para la existencia de la Iglesia. Sin ella, no hay Iglesia. Pero la eucaristía desconectada de la realidad en la cual se celebra, no es la eucaristía que hace a “la verdadera Iglesia”. Si el mundo donde se celebra

es injusto, la Iglesia no puede cerrar los ojos. Evidentemente, la denuncia de la injusticia puede tener consecuencias negativas para el presidente de la celebración. Tal vez por eso Mons. Romero advirtió que algunos sacerdotes podían convertirse en estorbo para el reino de Dios. El pecado no desaparecerá del mundo por sí mismo, sino que debe ser erradicado. Si la Iglesia ha de ser verdadera, no puede permanecer callada ante las injusticias, debe denunciarlas con voz fuerte.

Buenas obras, corazones cristianos, verdadera justicia, caridad: eso es lo que busca Dios en la religión. Una religión de misa dominical pero de semanas injustas no gusta al Señor. Una religión de mucho rezo pero con hipocresías en el corazón no es cristiana. Una Iglesia que se instalara solo para estar bien, para tener mucho dinero, mucha comodidad, pero se olvidara del reclamo de las injusticias, no sería la verdadera Iglesia de nuestro Divino Redentor y por eso tiene que padecer, tiene que sufrir, tiene que ser perseguida, porque muchos no comprenderán, instalados en sus comodidades. Aun sacerdotes pueden ser el estorbo de este auténtico reino del Señor (4 de diciembre de 1977, 2, pp. 57-58).

Como las injusticias son cometidas por unos grupos sociales en contra de otros, la Iglesia debe denunciar su pecado, sin confundirse con grupos que recurren a la violencia para erradicarlas y sin dejarse manipular. La Iglesia denuncia la injusticia no por revancha, sino por amor, tanto a quienes la sufren como a quienes la perpetran, para que se conviertan y se salven.

La Iglesia no sería Iglesia del Evangelio si estuviera bien con una clase social sin denunciarle su pecado. La Iglesia no sería auténtico Evangelio de Cristo si se dejara manipular de una agrupación que esté con los pobres, pero enseñándoles caminos de violencia y de pecado. La Iglesia promueve al hombre en el amor. La Iglesia es amor aunque no lo quieran comprender. Claro que es un amor fuerte, un amor que, como el de los padres justos, corrige a su hijo aunque lo quiera, porque no lo quiere pecador. Por eso, la Iglesia muchas veces es tratada como que ha traicionado a las amistades; pero es porque tiene que decir la verdad aun a los amigos más queridos; porque en eso consiste su amor: en querer arrancarlos de las garras del pecado para ponerlos en camino de conversión hacia Dios. Y si no lo hace así, no sería verdadero amor (30 de abril de 1978, 2, p. 461).

La Iglesia, como Jesús, debe anunciar el reino de Dios. El anuncio es acompañado de la denuncia del pecado, que se opone a la realización histórica de la sociedad según el corazón de Dios. La Iglesia no tiene alternativa. Ha de colocarse del lado de Dios y luchar por erradicar el pecado del mundo. Por tanto, está obligada a denunciar las injusticias y a llamar a los injustos a la conversión.

Es altamente probable que esto le traiga problemas. Es comprensible que la reacción de los injustos sea causa de temor. Pero la Iglesia no puede acomodarse al mundo para evitar el conflicto derivado de la denuncia de la injusticia. Proceder de esa manera, sería traicionar a su fundador. No estar con él. Y, por tanto, no ser “la verdadera Iglesia”.

Tratemos de meditar ahora también, queridos hermanos, con esa limpieza de fe y de intención; y sepamos ser muy superiores a todas las suspicacias, a todos los miedos que esta palabra de Dios suscita en el mundo. Es necesario que, si de verdad queremos ser cristianos, capturemos y tratemos de vivir todo lo que Cristo nos ha querido decir al convocarnos a este reino: “Os llamo para esto: no quiero un Evangelio mistificado, no quiero unos cristianos acomodaticios; el que no está con esto, no está conmigo”. Es una actitud tajante que dice muy mal con aquellos que quieren que el Evangelio no suscite conflictos y dificultades, siendo así que vivimos una hora tan conflictiva y tan dificultosa. Es muy difícil andar como una anguila, huyéndole a los conflictos que la palabra de Dios debe de despertar si de verdad se vive esa plenitud del reino, esa consecuencia, esa lógica del que un día en el bautismo aceptó pertenecer a este reino. Es el centro de la predicación de Cristo y marca las cualidades auténticas de la verdadera Iglesia (30 de julio de 1978, 3, pp. 129-130).

La Iglesia ha de esforzarse por comprender la realidad en la que está inserta para colocarse correctamente del lado de las víctimas de la injusticia y del pecado. La tarea no es fácil y requiere tiempo. Es necesario estudiar, dialogar y reflexionar, incluso con quienes tal vez no forman parte de la Iglesia, pero cuyo interés por el respeto de la dignidad de todos los seres humanos es genuina. Ser voz de las angustias que sufre el pueblo exige un esfuerzo pastoral. En un mundo donde unos pocos gozan de privilegios, mientras excluyen a las mayorías, “la Iglesia no cumpliría su deber si [...] estuviera solo defendiendo a las minorías en sus privilegios y no amando al pueblo y tratando de dar su vida por él” (2 de septiembre de 1979, 5, p. 271).

Mons. Romero insistió muchas veces en el compromiso de la Iglesia con la historia para salvarla. Una salvación que tiene lugar siguiendo los pasos de Jesús, acompañando y ejerciendo la compasión y la misericordia. La madre de Jesús fue un modelo de acompañamiento para Mons. Romero. Así lo expresó en la fiesta de la Virgen de Guadalupe:

Una Iglesia al margen de la historia no sería la Iglesia redentora de los hombres. Una Iglesia que quiere estar presente, como María, en el corazón de cada hombre y en el corazón de cada pueblo es la verdadera y auténtica Iglesia de Cristo. Por eso bendecimos a María de Guadalupe, por habernos

dejado este gesto sublime de vivir tan hondo en el corazón de nuestro pueblo (12 de diciembre de 1977, 2, p. 101).

Mons. Romero encuentra en la madre de Jesús un modelo que conjuga evangelización y promoción humana. Siguiendo el magisterio de Pablo VI, en la *Evangelii nuntiandi*, la evangelización, según Mons. Romero, supone la promoción humana, especialmente la de los pobres:

Y finalmente, hermanos, María es el modelo de una Iglesia que sabe conjugar la evangelización y la promoción. Una evangelización sin el amor al hombre para promoverlo sería una evangelización falsa, mutilada. Una religión que no se preocupa de promover a nuestro pueblo, de enseñar a leer a nuestros analfabetos, de incorporar a la civilización tantas marginaciones de nuestra sociedad, no sería la verdadera Iglesia redentora. Evangelizar y promover: he ahí la gran tarea (12 de diciembre de 1977, 2, p. 101).

Desde la perspectiva de las clases sociales, las víctimas de las relaciones injustas son los empobrecidos. Mons. Romero habla de ellos con el lenguaje de su época. La Iglesia, si quiere ser verdadera, tiene que optar preferencialmente por ellos. Así lo habían planteado los obispos latinoamericanos reunidos en Medellín, en 1968. Casi un mes antes de su asesinato, Mons. Romero dedicó la homilía dominical a este tema:

Por eso, voy a titular mi homilía de hoy con un texto que lo voy a sacar, también, de los documentos de Medellín, cuando habla de la pobreza; dice que la pobreza es una denuncia, un espíritu y un compromiso. Y como título general voy a decir el tema de la homilía: La pobreza de las bienaventuranzas, fuerza de la verdadera liberación del pueblo. Los tres puntos indicados son esos que marca Medellín. Son fuerza de liberación, primero, porque la pobreza es una denuncia divina; segundo, porque la pobreza es un espíritu; y tercero, porque la pobreza es un compromiso. Y tendremos hoy, si Dios quiere, una idea clara de lo que tanto repetimos: que la Iglesia ha asumido una opción preferencial por los pobres y que solo puede ser verdadera Iglesia, la Iglesia que se convierte y se compromete con el pueblo sufrido y pobre (17 de febrero de 1980, 6, p. 276).

La opción preferencial por los pobres y la denuncia del pecado del mundo son dos rasgos de “la verdadera Iglesia”. Mons. Romero historizó la opción y la denuncia en las homilías dominicales, cuando informaba de los hechos ocurridos durante la semana. No se trataba de convertir la homilía en un noticiero semanal, ni mucho menos erigirse en portavoz de la oposición política. Nada más lejos de su interés. Hacía un recuento de los hechos de la semana para iluminarlos desde la palabra de Dios, con la intención de que la luz brillara en

las tinieblas del pecado. Es interesante observar que Mons. Romero consideraba esta sección de la homilía como parte de la misión profética de la Iglesia y de su tarea de pastor. El recuento de los hechos de la semana y su interpretación desde la palabra de Dios formaban parte de la construcción de “la verdadera Iglesia” de Jesucristo, una Iglesia según el corazón de Dios.

Esta es mi preocupación más grande: de querer construir con Cristo una Iglesia según su corazón. Las otras cosas, lo que ahora voy a seguir diciendo —las noticias, las cosas accidentales que se iluminan con esta Iglesia—, son accidentales, pasan, son historia de una semana. Y por eso, yo les suplico que en mi homilía, más que en esa especie de noticiero, que me obliga la misión profética de la Iglesia a iluminar, se fijen más bien en la luz que ilumina, se fijen más bien en el esfuerzo de este pobre pastor en construir una Iglesia según el corazón de Dios. Esta es la afirmación que yo estoy repitiendo y no quisiera que se la confundiera —esta afirmación de lo que es la Iglesia verdadera de la cruz de Cristo— con una especie de oposición política, con una especie de fantasía para ganar fama o ser oportunista. No. Algo de lo del profeta Jeremías podía ser también mi papel. Me duele, Señor, decir estas cosas; pero si están sucediendo, me obligan a decir los pecados del mundo, para destruirlos como Tú quieres que el pueblo de Dios los destruya (3 de septiembre de 1978, 3, pp. 220-221).

Así, pues, la Iglesia tiene la misión evangélica de iluminar la realidad para desvelar el mal que habita en el mundo, la injusticia de la que son víctimas los seres humanos. Mons. Romero fue acusado de meterse en política por cumplir fielmente con su misión de pastor. Si bien la denuncia profética puede tener efectos políticos y, en este sentido, meterse en política, la finalidad de dicha denuncia no es obtener poder político. Cuando la Iglesia opta por los pobres y defiende sus derechos no busca una cuota de poder político. Ilumina la realidad para que, entre todos, cada uno desde su lugar y su vocación, erradiquemos el pecado del mundo. La Iglesia, no solo ella, tiene que ser conciencia crítica de la sociedad y contribuir a formar una ciudadanía responsable, que asuma el trabajo por la justicia y la paz. Si la Iglesia elude este compromiso para evitar ser acusada de meterse en política, no es “la verdadera Iglesia del Evangelio”.

Y en esta reflexión no debemos de olvidar que una de las finalidades de la Iglesia es ésta, en el campo político. La Iglesia no pretende poder político ni basa su acción pastoral sobre el poder político ni entra en juego de los diferentes partidos políticos ni se identifica con ningún partido político. Pero la Iglesia tiene que decir su palabra autorizada aun en problemas que guardan conexión con el orden público “cuando lo exigen los derechos fundamentales de la persona humana o la salvación de las almas”. Todo esto es del concilio. La Iglesia, pues, defiende los derechos humanos de todos los ciuda-

danos, debe sostener con preferencia a los más pobres, débiles y marginados; promover el desarrollo de la persona humana, ser la conciencia crítica de la sociedad. La Iglesia tiene que ser la conciencia crítica de la sociedad, formar también la conciencia cristiana de los creyentes y trabajar por la causa de la justicia y de la paz.

Una Iglesia que no cumpla estas finalidades con claridad no es la verdadera Iglesia del Evangelio. Y cumplir estas finalidades no es meterse en política, sino, simplemente, cumplir su misión evangélica de iluminar los deberes morales de la sociedad y de los hombres (5 de marzo de 1978, 2, pp. 304-305).

Mons. Romero insistió machaconamente en la necesidad, si no el imperativo, de iluminar la realidad desde la palabra de Dios. La iluminación la entendió como parte de la catequesis, que nace de la fe de “la verdadera Iglesia”. Desde la fe, no desde otra perspectiva, iluminó la realidad histórica de su tiempo. En este sentido, Mons. Romero se declaró “el catequista” de su diócesis.

El hecho es este: que, precisamente, este momento dominical —que yo veo como un regalo providencial del Señor porque nos congrega a todos los que sinceramente queremos conocer el pensamiento de la Iglesia— yo trato de aprovecharlo para dar una verdadera catequesis. Si hay un título que me enorgullece es este: el catequista. Yo quiero ser eso: el catequista de mi diócesis. El que trata de dar, con la sencillez de una catequesis, la instrucción que nos hace conscientes de ser una Iglesia de Cristo y, desde esa Iglesia de Cristo que se afirma, que se consolida en la fe, iluminar los contornos que nos rodean, sin los cuales no sería verdadera Iglesia servidora del mundo. Una Iglesia que nosotros queremos, pues, fiel a la palabra de Dios, fiel reflejo de la voluntad de Cristo, para iluminar desde nuestra misma naturaleza de Iglesia —que la somos todos nosotros— la realidad, para que sea una iluminación evangélica (16 de septiembre de 1979, 5, p. 316).

La catequesis dominical de Mons. Romero podía durar una hora o más y la celebración eucarística, en su conjunto, unas dos horas. El tiempo era lo de menos, si construía la Iglesia y ponía de manifiesto la comunión del pastor con sus ovejas. Una dimensión importante de la catequesis era poner en contacto a las comunidades parroquiales entre sí, mediante la comunicación de los hechos eclesiales de la semana. De esa manera, Mons. Romero tendió una especie de red de comunidades e hizo posible que sus miembros sintieran con la Iglesia. Este esfuerzo comprendía incluso contar anécdotas, aun cuando la homilía se alargara, cosa por la cual pidió disculpas. El relato de la visita a las comunidades de Dulce Nombre de María, en Chalatenango, en la pascua de 1978, es un buen ejemplo para ilustrar esta dimensión catequética de Mons. Romero.

Por eso, hermanos, también sientan la Pascua como una familia; sientan su misa del domingo así como están ahora. Yo quizás abuso de la bondad de ustedes al prolongarme tanto; pero cuando yo los miro a ustedes tan felices y contentos sentados en esas bancas para la misa del domingo, como que fuera una sola familia de Dios, escuchando a través de su humilde mensajero el mensaje del Padre, y cuando como ayer que anduve allá por el Dulce Nombre de María y me decían gentes humildes de los campos cómo escuchan esta palabra y les sirve de consuelo, de esperanza, de aliento, me venían ganas hasta de llorar y decir como Cristo: te doy gracias, Padre, porque ocultas estas cosas a los orgullosos y soberbios del mundo y las revelas a los pobrecitos; te doy gracias porque me das garganta y voz, porque pones a mi disposición una radio que ojalá se conserve para consuelo de tanta gente. Esto, hermanos, es la comunión. Vivimos esa comunión en el humilde regalo del campesino. Allá en Dulce Nombre de María, me regalaron los primeros motates, me regalaron una matatilla tejida para mí. ¿Quién no va a agradecer estos gestos bondadosos de nuestra gente sencilla para sentir que está en comunión con su pastor? ¡Gracias por manifestarme tantas veces esa comunión! Y sin comunión no hay Iglesia. Y la Pascua tiene que ser esta Iglesia. La verdadera Iglesia vive la comunión pascual (9 de abril de 1978, 2, pp. 412-413).

Los gestos de la gente humilde no pasaban desapercibidos para Mons. Romero. La opción preferencial por los pobres lo había configurado de tal manera, que permanecía atento a la voz de Dios que le hablaba desde ellos. Escuchar la voz de los pobres contribuye a evitar el orgullo en quien ocupa una posición jerárquica en la Iglesia. A través de la voz de los pobres, se escucha la voz del Espíritu. De esa manera, el Espíritu y la jerarquía colaboran en la construcción de la verdadera Iglesia.

Esta es la gran lección de los bienes espirituales. ¡Y fíjense qué armonía más maravillosa la de Dios! Allí tenemos esas apariciones o revelaciones que Dios ha hecho en el transcurso de la historia; generalmente, no lo hace a la Iglesia institución, sino al humilde pueblo de Dios. Allá, en Lourdes, una muchachita, Bernardita Soubirous, la cual la Virgen la manda al obispo para que le edifique un templo. Y en el Tepeyac, de México, al indito Juan Diego es a quien la Virgen le da el Espíritu. Pero sí se necesita que la jerarquía analice, dé validez a esa inspiración y la ordene a la construcción del reino de Dios. Pero aquí está lo maravilloso: para que el jerarca no se enorgullezca, el mensaje del Espíritu viene por un humilde miembro del pueblo de Dios; y para que ese miembro del pueblo de Dios no se equivoque en su espíritu, tiene que ir a comprobarlo con la jerarquía. Las dos, institución y Espíritu, hacen la Iglesia verdadera (30 de septiembre de 1979, 6, p. 372).

Felices los pobres, porque de ellos es el reino de Dios (Lc 6,20) y a los pobres se les anuncia la buena noticia (Lc 7,22). Pero los pobres, en su pobreza, son una viva denuncia de que algo va mal en la sociedad, en el mundo. Si la Iglesia no asume esta denuncia, habrá motivos suficientes para dudar de su autenticidad.

La existencia, pues, de la pobreza como carencia de lo necesario es una denuncia. Hermanos, quienes dicen que el obispo, la Iglesia, los sacerdotes hemos causado el malestar en el país, quieren echar polvo sobre la realidad. Los que han hecho el gran mal son los que han hecho posible tan horrorosa injusticia social en que vive nuestro pueblo. Los pobres han marcado, por eso, el verdadero caminar de la Iglesia. Una Iglesia que no se une a los pobres para denunciar, desde los pobres, las injusticias que con ellos se cometen no es verdadera Iglesia de Jesucristo (17 de febrero de 1980, 6, p. 277).

Los pobres también le dicen a la Iglesia cómo tiene que ser: humilde y pobre. De esa manera, estará más cerca de su fundador, se parecerá más a él, que siendo rico se hizo pobre (2 Cor 8,9). El único apoyo de esta Iglesia, en medio de las dificultades del mundo, ha de ser Jesucristo.

Queridos hermanos, esta es la gloria de la Iglesia: llevar en sus entrañas toda la *kénosis* de Cristo, y por eso tiene que ser humilde y pobre. Y una Iglesia altanera, una Iglesia apoyada en los poderes de la tierra, una Iglesia sin *kénosis*, una Iglesia llena de orgullo, una Iglesia autosuficiente no es la Iglesia de la *kénosis* de san Pablo, no es la Iglesia de Juan Pablo, no es la Iglesia de los papas auténticos. La Iglesia verdadera es la que con Juan Pablo puede decir, en su discurso de inauguración, que se siente como Pedro cuando comenzó a caminar sobre las aguas, se tambalea de miedo hasta que Cristo le dice: “Hombre de poca fe, ¿por qué temes?” (1 de octubre de 1978, 3, p. 297).

Optar preferencialmente por los pobres, convertirse en portavoz de sus necesidades y apropiarse de su denuncia de la pobreza y las injusticias puede tener como consecuencia la persecución por parte de quienes se benefician de la pobreza de otros y de quienes cometen injusticias. La Iglesia, si es “la verdadera Iglesia”, no debe temer esa persecución, porque es signo de su autenticidad. Así fue perseguido Jesús hasta la muerte y muerte en cruz para salvarnos. La Iglesia debe estar dispuesta a ser perseguida, si quiere ser fiel a su fundador. Así lo comprendió parte de la Iglesia de El Salvador, en la época de Mons. Romero. Una Iglesia marcada con el signo del martirio por esa fidelidad. Mons. Romero lo reconoció, en el segundo aniversario del asesinato del jesuita Rutilio Grande y de sus dos compañeros de viaje:

Gracias a ese mensaje que dejó el padre Grande en Aguilares, allá también está marcada la Iglesia con ese sello de autenticidad. “Si a mí me persiguieron —dijo Jesús—, también a vosotros os perseguirán”. Y yo quiero decirle a las comunidades de Aguilares y a todas las comunidades que en este momento están acompañando esta peregrinación de fe, de esperanza y de amor, que no tengan miedo, que la persecución es una nota característica de la autenticidad de la Iglesia; que una Iglesia que no sufre persecución, sino que está disfrutando los privilegios y el apoyo de las cosas de la tierra, tenga miedo, no es la verdadera Iglesia de Jesucristo. Esto no quiere decir que sea normal esa vida de martirio y de sufrimiento, de miedo y de persecución, sino que debe de significar el espíritu del cristiano. No estar con la Iglesia únicamente cuando las cosas andan bien, sino seguir a Jesucristo con el entusiasmo de aquel apóstol que decía: “Si es necesario, muramos con Él” (11 de marzo de 1979, 4, p. 264).

No toda la Iglesia salvadoreña optó por la fidelidad a Jesucristo. Una parte de ella tomó otra opción, la cual fue causa de división interna. A Mons. Romero le dolió mucho esa división y pidió perdón por ello. Consideró que esa división era un anti-signo. Pero el origen fundamental de la división era la fidelidad a Jesús, haciendo lo que él hizo, siguiendo su camino, anunciando la buena nueva a los pobres y asumiendo su causa, porque “cada vez que lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicieron” (Mt 25,30); esa división podía ser superada, para lo cual había que trabajar, porque esa es la voluntad del Padre y del Hijo.

Y la Iglesia [...] es la unidad consumada en el amor. Vuelvo a recordarles la bella revelación de Cristo: vosotros en mí, yo en el Padre, y el Padre y vosotros en mí. La unidad verdadera. Por eso, la Iglesia tiene que dar esa manifestación de unidad, de comunión. Y cuando muchas veces da el escándalo de la desunión, la Iglesia tiene que pedir perdón porque no ha predicado la verdad. La desunión en la Iglesia es triste, hermanos; es el anti-signo de Cristo. No es verdadera Iglesia cuando se presenta dividida, a no ser que esas divisiones sean crisis que se superan en el servicio y en el amor (30 de abril de 1978, 2, p. 461).

La división por causa de la opción preferencial por los pobres es pecado. En realidad, la Iglesia no escapa al misterio de la iniquidad, el cual también se hace presente en su interior. La Iglesia es un pueblo santo, aunque no porque todos sus miembros sean santos. Mons. Romero advirtió que mientras la Iglesia peregrina por el mundo, en su interior hay trigo y cizaña, como en la parábola. Es una Iglesia en construcción. Una Iglesia que camina para ser solo trigo. Si la Iglesia se jactara de que todos sus miembros lo son, es decir, que todos son santos, no sería “la verdadera Iglesia”.

Esta es la parábola del trigo y la cizaña y esto nos debe llevar también, queridos hermanos, a comprender el misterio de iniquidad que también se opera en la Iglesia; que la Iglesia no es la siembra del trigo de Dios. Los obispos, los sacerdotes, las religiosas, los laicos, los matrimonios, los jóvenes, los colegios católicos, ¿no debían de ser todos ellos santos? Claro que sí. ¿Lo son? Tristemente tenemos que decir no. Entonces, ¿la Iglesia es falsa? Tampoco. Si hay una Iglesia que se quiera gloriarse de tener a todos sus miembros santos, no será la Iglesia verdadera, porque Cristo ha dicho que su Iglesia se parece al campo donde fructifica el trigo y la cizaña. Mientras vivimos en esta Iglesia peregrina, tenemos que estar juntos trigo y cizaña; pero no para perdersen todos en cizaña, sino para que la cizaña se vaya haciendo trigo y, cuando llegue la hora, todos podamos ser ciudadanos del reino de Dios y todos podamos fulgurar como soles en el reino del Padre. Mientras no seamos buenos cristianos, no seremos más que cizaña, aunque estemos en el templo y aunque celebremos misa. Mientras no seamos lo que debemos de ser, no somos el ideal de Dios, pero Dios nos está aguantando y esperando. (23 de julio de 1978, 3, pp. 118-119).

Las homilias del mes de marzo de 1980 muestran a un Mons. Romero muy preocupado por la situación del país. Las homilias de esa última cuaresma fueron cada vez más largas, a medida que el país se deslizaba, gradual e inexorablemente, hacia una década de violencia, terror y sufrimiento. El acontecer eclesial y del país tomaron cada vez más espacio en esas homilias. Compartir estos hechos era una forma de compartir ideales, en concreto, ser “la verdadera Iglesia de Jesucristo”.

Estas reflexiones que hemos hecho sobre Cristo transfigurado y nuestra cuaresma son las que tratamos de encarnar en nuestra Iglesia, como arquidiócesis. Y, por eso, para quienes no están acostumbrados a oír nuestras homilias, les diré que pasamos aquí una especie de crónica de nuestra semana para decirles lo que trabajamos en la Iglesia; no por vanidad, sino con el afán de compartir, con todos los que creemos en el Señor y formamos la Iglesia, los ideales en los cuales queremos crecer cada día más para hacer verdadera Iglesia de Jesucristo (2 de marzo de 1980, 6, p. 350).

Mons. Romero dedicó su última homilía dominical a la contribución de la Iglesia a la liberación. Sin saberlo, ese fue su testamento. El título de la homilía ya es indicativo: “La Iglesia, un servicio de liberación personal, comunitaria, trascendente”. San Óscar Romero, fiel a su pueblo hasta el final, nos dejó una tarea: nos invitó a hacer de la Iglesia un motor de la liberación. Por tanto, hacer realidad esa Iglesia es la mejor forma de honrar su memoria y de rendirle culto.

Hermanos, esta es la liberación que nuestra Iglesia tiene que vivir y predicar. Lo hemos aprendido en la palabra de Dios, ya en vísperas de la Semana Santa y vamos a entrar en esa Semana Santa a constituirnos más Iglesia, más pueblo de Dios. Hablo, en este momento, a mis queridos sacerdotes, a las comunidades religiosas, a las comunidades cristianas, a todo aquello que se llama la Iglesia, el pueblo de Dios, el núcleo de los creyentes, para que, desde aquí, desde nuestro núcleo de creyentes, tengamos fuerza como Dios se la dio a Israel para iluminar a todos los otros pueblos, para iluminar y sancionar aquello que no está bueno y para animar a todo aquello que está bueno. Por eso, en este momento de mi homilía, yo me refiero al quehacer de nuestra Iglesia invitando, a todos los protagonistas de la Iglesia a que la hagamos verdaderamente un motor de la liberación, tal como el proyecto de Dios lo quiere (23 de marzo de 1980, 6, p. 438).